

MÁS ALLÁ DEL *TODO NEGOCIO*

José Vidal-Beneyto

No nos equivoquemos de objetivo, pues mal que les pese a algunos de mis amigos de la izquierda radical, el peligro mayor que nos amenaza no es el "todo cultura" sino el "todo negocio" y desde él, la confirmación de la hegemonía de lo económico y de la extrema mercantilización de la vida contemporánea, que a los efectos de esta columna, ha reducido a dos a los grandes contendientes por el protagonismo mundial : los Estados y las multinacionales. Los otros posibles actores –iglesias, culturas, colectivos de ONG, sistemas educativos, conjuntos jurídico-normativos, estructura tecnocientíficas, etc.- apenas han entrado en la disputa y están ahí, agazapados en esa tierra de nadie, casi limbos terrenales que llamamos sociedades civiles, declinando con satisfacción, el "están verdes", haciéndoles el caldo gordo a los de siempre, y renunciando a lo único que nos queda : la resistencia crítica y la lucha por la emancipación.

Esta semana tuve el privilegio de presidir en la Unesco, ámbito de los Estados, un Encuentro-Debate sobre "Cultura Viva y Democracia", desarrollado en el marco de la iniciativa *Los Caminos del Pensamiento*, lanzada por el brillante intelectual brasileño Eduardo Portella cuando fue Presidente de la Conferencia General de dicha Institución. En este contexto se habla de cultura viva como sinónimo de inmaterial al mismo tiempo cotidiana y comunitaria, producida y vivida por los miembros de la comunidad concernida en interacción con su pasado, su patrimonio y su medio natural. La fuerte especificidad de la cultura así entendida hace de la afirmación de su diversidad, uno de sus principales rasgos y cometidos, lo que si por una parte la protege frente a la avalancha homogeneizadora de la cultura comercial de masa, por otra la deja más bien desguarnecida respecto a las múltiples quiebras de la cohesión social en las sociedades contemporáneas, sea cual sea su nivel de desarrollo.

El debate se propuso presentar cuatro experiencias a cargo de cuatro analistas de terreno, que nos mostraron como en los países del Sur cabía hacer convivir diversidad cultural con solidaridad colectiva, que es seguramente la forma culminante de la democracia social.

Michèle Therrien, antropóloga y lingüista, especialista del pueblo y de la cultura Inuita así como de las lenguas escaletas, defendió con convicción la creatividad de los pueblos silenciados y su fecundidad política refiriéndose como prueba a la creación del Tercer Territorio en Canadá y reclamando una solidaridad activa con los colectivos humanos, que calificó de omitidos, sin voz publica bastante.

Tanella Boni, filósofa, antropóloga y escritora de Costa de Marfil, uno de los más admirables ejemplos de intelectuales africanas, no se limitó a abogar por la solidaridad con la lucha que mantienen las mujeres de África, por su autonomía y realización –*Los negros no irán nunca al Paraíso*– sino que fué más allá en su combate solidario, feminista y africano, pidiendo una ruptura creadora con sus propias tradiciones.

Kathia Chesnut-Martin, jurista francobrasileña, se apoyó en el paradigma de Mireille Delmas-Marty sobre “la fuerza imaginativa del derecho” para que, en el hoy imparable proceso de su internacionalización, se refuerce la dimensión solidaria de sus prácticas de reparación, ampliando el ámbito de las amnistías, de los recursos de gracia, de la protección de la infancia etc.

Finalmente para el politólogo franco-libanés Joseph Yacoub, profesor de la universidad Católica de Lyon y especialista en derechos humanos en las minorías étnicas, la función esencial de la solidaridad se manifiesta en el vinculo entre las particularidades locales y la dimensión fundamental de su proyección colectiva, por lo que la democracia sólo puede cuajar si arraiga en el terruño cultural más endógeno.

Es confortador comprobar como la capacidad emancipadora de la cultura universal de Las Luces encuentra en estos reductos de la resistencia individual y colectiva, con sus impugnaciones pacíficas y totales y sus alternativas de lo absoluto, expresadas en lo común, un resonador tan eficaz de la condición solidaria de las culturas comunitarias, que más allá de la avasalladora administración del orden social capitalista, más allá del imponente silencio de las amortiguadoras alfombras de los templos del dinero y, sobre todo, más allá de la ocultadora barahúnda mediática, nos deja esperar que caben otros futuros que los del envilecimiento y la insignificancia del crecimiento económico del mundo occidental.